

Homilía

Lucas es un apóstol, un evangelizador, que se hace evangelista para ser más eficaz en su misión de anunciar la Buena Noticia. El texto de la carta de San Pablo a Timoteo nos presenta a Lucas, codo con codo con Pablo y sus colaboradores, en plena tarea apostólica, más aún, en un momento difícil porque Pablo es contestado e incluso llevado ante un Tribunal, experimentando el abandono de la comunidad, como el Señor Jesús al momento de la pasión.

El modo como Lucas nos presenta el envío de los discípulos por parte de Jesús nos indica que escribe desde la propia experiencia. Lucas sabe lo que es salir de dos en dos a predicar, *como corderos en medio de lobos*, sin más recursos que su confianza en el Señor, *sin talega, ni alforja, ni sandalias*, sin distraerse de la misión, portando la consolación de la palabra y la cercanía a los que sufren; transmitiendo esa paz profunda que regala el Señor a los que abren sus puertas a la acción del Espíritu Santo.

Lucas es un hombre formado, médico dice la tradición. Hoy diríamos que es un universitario llamado a anunciar el evangelio. Su formación lo lleva a investigar la vida de Jesús y escribirla para hacerla asequible a muchos en una forma clara, ordenada, comprobada. Es un intelectual apóstol que nos puede servir de modelo e inspiración para el apostolado intelectual al que somos llamados en una institución de la Compañía de Jesús cuya identidad nace del carisma recibido por Ignacio de Loyola y sus compañeros fundadores de la *mínima Compañía*.

El apostolado intelectual de Lucas, Pablo y otros iniciadores de la Iglesia de Jesucristo, abre las puertas a una evangelización inculturada. Comienzan por experimentar a Cristo tan profundamente que sus vidas cambian para siempre. El encuentro con Cristo, verificando los datos de su vida, contemplando los lugares por los que estuvo, conmovido por los testimonios de sus seguidores abre los oídos a la llamada y el corazón a la elección de la vida apostólica.

Lucas, como Pablo y los Apóstoles, adquiere una visión crítica de su propia cultura, es decir, no se queda encerrado en lo que ya conoce, en lo que se le ha ido dando por su pertenencia a una nación determinada o por los conocimientos adquiridos con el estudio. Es la luz del evangelio la que le permite ver con nuevos ojos la complejidad de la realidad más allá de lo que todos ven. Al mirar con nuevos ojos se siente llamado a compartir con otros la experiencia de iluminar la vida con la luz de Cristo y escribe el evangelio.

El apostolado intelectual promovido por la Compañía de Jesús nace de una pasión por la humanidad. De la necesidad de comprender más profundamente el mundo que nos circunda, con sus maravillas, sus conflictos y contradicciones. Si la actividad intelectual es inconforme por naturaleza, el apostolado intelectual aumenta esa inconformidad

impulsado por el *magis* característico de la espiritualidad cristiana. Como sabemos, Ignacio de Loyola utiliza la palabra *magis* para describir la inconformidad de quien ha encontrado a Cristo y ha elegido colaborar en su misión liberadora. Por bien que se esté haciendo lo que se hace, el *magis* del Espíritu nos dice que siempre se puede hacer más y mejor.

Lucas nos trasmite el consejo de Jesús, *la mies es abundante y los obreros pocos: rueguen al dueño de la mies que envíe obreros a su mies*. Desde esta Universidad Católica de Rio de Janeiro, comprometida en formar integralmente hombres y mujeres capaces, ciudadanos responsables... pidamos al Señor, dueño de la mies, nos envíe obreros de lo que necesitamos, apóstoles intelectuales, personas movidas por la pasión de comprender y enamoradas de Cristo, comprometidas en iluminar las difíciles situaciones que vivimos para aliviar tanto sufrimiento, curar tantas heridas, alcanzar la justicia y contribuir a la reconciliación que nos lleva a la Paz.

Arturo Sosa, S.I.
Rio de Janeiro,
18 octubre 2017